

SINFONÍA PARA LA CIUDAD DE LOS MUERTOS

Dmitri Shostákovich
y el Asedio de Leningrado



M. T. ANDERSON

Traducción: María Serrano



ES POP ENSAYO
ES POP EDICIONES

TÍTULO ORIGINAL:
Symphony for the City of the Dead
Candlewick Press
Somerville, Massachusetts, 2015

Es POP ENSAYO Nº 30
1ª EDICIÓN: OCTUBRE 2022

Published by arrangement with McCormick & Williams LLC
Copyright © 2015 by M. T. Anderson
© 2022 de la traducción: María Serrano
© 2022 de esta edición: Es Pop Ediciones
Mira el río alta, 8 - 28005 Madrid
www.espop.es

CORRECCIÓN:
Óscar Palmer
REVISIÓN DE PRUEBAS:
Manuela Carmona y Concha Yáñez
DISEÑO Y MAQUETA:
Sherry Fatla / El Pulpo Design
MAPAS:
Karen Minot
LOGO:
Gabi Beltrán
IMPRESIÓN:
Huertas

Impreso en España
ISBN: 978-84-17645-19-9
Depósito legal: M-25804-2022


Prólogo	9
---------	---

PRIMERA PARTE

La muerte del ayer	19
El nacimiento del mañana	40
La vida es más alegre	85

SEGUNDA PARTE


Amistad	171
Barbarroja	189
El avance	201
El primer movimiento	211
El segundo movimiento	237
El tercer movimiento	251
Fábulas, historias	261
La huida	276



El vagón nº. 7	288
Kuíbishev y Leningrado	294
Un Shostakóvich optimista	303
La ciudad de los muertos	316
Mi música es mi arma	341
El camino de la vida	350
Sinfonía para la ciudad de los muertos	375

TERCERA PARTE

Guerra Fría y deshielo	395
Agradecimientos	425
Créditos de las imágenes	428
Bibliografía	429
Notas	435
Índice onomástico	472





Eugene Weintraub, de la Am-Rus Music Corporation, revisa el microfilm con la partitura de la *Sinfonía n.º 7 (Leningrado)* de Shostakóvich, op. 60.



PRÓLOGO

Una radiante mañana de verano, mientras el mundo se derrumbaba ante el avance del terror nazi, tuvo lugar una reunión entre un agente ruso y un agente estadounidense. Era el 2 de junio de 1942; el curso de la Segunda Guerra Mundial no pintaba bien para las fuerzas aliadas. La mayor parte de Europa había caído ante el embate de la Alemania nazi. Francia había sido conquistada, también Noruega, Dinamarca, Polonia, Bélgica y Checoslovaquia. Los alemanes habían conseguido abrirse paso hasta lo más profundo de Rusia y estaban desgarrando a zarpazos las entrañas del país.

Es muy posible que el agente estadounidense y el agente soviético hablaran sobre todo esto. Quizás comentaron la necesidad de que sus países, ahora aliados frente a la amenaza nazi, cooperasen. Pero lo único que sabemos a ciencia cierta es que, al término de la conversación, el soviético le entregó al estadounidense una caja de madera y que éste salió del edificio con ella.

En la caja de madera había un microfilm que, una vez desenrollado, superaba los treinta metros de largo. Apenas contenía palabras, revelando únicamente una compleja disposición de líneas, puntos y antiguos símbolos monásticos.

Los rusos confiaban en que les ayudase a cambiar el curso de la guerra. El microfilm había recorrido una larguísima ruta en su camino desde Rusia a Washington DC. Había volado en avión a Teherán, después atravesó en coche los desiertos de Oriente Medio y del norte de África hasta llegar a Egipto. En El Cairo lo habían metido de nuevo en un avión rumbo a Brasil y, desde allí, voló a Estados Unidos. Ahora estaba a punto de reemprender el viaje hasta su destino final: Nueva York.

Sin embargo, el agente estadounidense hizo antes una parada en una cafetería para comer algo. Se levantó un momento para ir al baño y, a su regreso, la mesa estaba vacía. La caja con el microfilm había desaparecido.

Acababa de perder uno de los documentos más sonados de la Segunda Guerra Mundial.

Presa del pánico, escudriñó la sala: comensales moviendo el bigote, cuchillos rechinando contra los platos, un ayudante de camarero con una bandeja llena de restos, camino del cubo de basura.

Allí, sobre la bandeja del joven, entre cáscaras y cortezas, estaba la caja.

Tras haber realizado un viaje de quince mil kilómetros a través de estepas, desiertos, mares y junglas, el microfilm estuvo a punto de acabar en un contenedor.

El agente alcanzó al muchacho antes que vaciase su bandeja. Recuperó la caja. El estúpido accidente quedó sorteado con bien.

El agente se puso en camino a Nueva York. Aún quedaba mucho trabajo por delante. Durante las semanas siguientes, tendrían que preparar cientos de copias de los documentos encriptados en aquella tira de microfilm y ya había gente exigiendo que se hicieran públicos.

Cuando tuvo lugar el encuentro entre el agente soviético y el agente estadounidense para hacer entrega del microfilm, los alemanes ya habían conquistado la mayor parte de Europa y avanzado hacia el este, penetrando en Rusia. Parecían imparables. Sus carros de combate invadieron los fértiles campos de las provincias del sur de Rusia, asolando las aldeas a su paso. Y, en el norte, la ciudad de Leningrado, antigua capital del país, llevaba nueve meses en

estado de sitio, cercada entre ríos y trincheras, sufriendo a diario el ataque de la aviación alemana y el fuego de artillería de largo alcance.

El documento encriptado en el microfilm estaba relacionado con la ciudad de Leningrado.

En aquella ciudad residían aún más de un millón de personas atrapadas, aisladas casi por completo del mundo exterior. Durante el invierno, se habían quedado sin electricidad, sin agua corriente, sin comida, sin leña y casi sin esperanzas. Familias enteras se alimentaban a base de serrín y cola para papel de pared. Las mujeres rondaban los sótanos en busca de cadáveres que usar como alimento y se rumoreaba que había bandas de hombres que se habían vuelto caníbales y salían de noche a buscar víctimas en los callejones. Los alemanes lanzaban su artillería incendiaria sobre los tejados de las casas y realizaban bombardeos aéreos nocturnos sobre las plazas y avenidas de la ciudad. Adolf Hitler había exigido la aniquilación completa de la ciudad con todos sus habitantes.

Directiva secreta núm. 1a 1601/41: «El *führer* ha decidido borrar la ciudad [de Leningrado] de la faz de la tierra. No guardo interés alguno en que este gran punto poblacional siga existiendo después de la derrota de la Rusia soviética».

El alto mando alemán calculaba que alimentar a todos los prisioneros de Leningrado, en caso de ser capturados, resultaría demasiado costoso, y Hitler consideraba que los eslavos rusos eran, igual que los judíos, una raza inferior, destinada únicamente a la esclavitud o al exterminio. Su plan era obtener «espacio vital» para la población aria. Según su visión, en el excitante y gimnástico futuro del triunfante Reich nazi, Rusia debía convertirse en granero, campo petrolífero y espacio de recreo para los teutones.

En Nueva York, el 3 de junio, el microfilm fue desplegado sobre una mesa de luz para que unos hombres armados con lupas pudieran inspeccionarlo. La película, curiosamente, no contenía los planos de ningún secreto tecnológico del orden de un submarino o la bomba atómica. Tampoco era un fragmento de código Enigma ni una orden de combate alemana descifrada.

Lo que contenía aquel microfilm eran las 252 páginas de la partitura de la séptima sinfonía de un nervioso compositor ruso llamado Dmitri Shostakóvich. Sus códigos y símbolos iban a ser traducidos por una orquesta de más de cien músicos y retransmitidos a millones de personas sentadas junto a sus aparatos de radio. En la actualidad aún seguimos discutiendo sobre los mensajes secretos que contiene la pieza, sobre cuáles son sus gritos y peticiones de ayuda.

La partitura incluía pocas palabras, sólo las típicas indicaciones de interpretación en italiano, como manda la tradición. Y, en la primera página, una inscripción en ruso: «Dedicada a la ciudad de Leningrado». Por esta razón se conoció como la sinfonía *Leningrado*.

¿Por qué había organizado con tanto afán el Gobierno soviético el envío de aquella pieza hasta Occidente, cruzando las líneas de combate, a través de un Oriente Medio plagado de tanques fascistas y mares infestados de submarinos enemigos? ¿Realmente era digna de tales esfuerzos?

¿Y quién era el compositor de aquella partitura tan codiciada? Dmitri Shostakóvich pasó los primeros meses del sitio de Leningrado atrapado en aquella ciudad bajo el fuego, y en ella escribió gran parte de su *Sinfonía n.º 7*, en los intervalos de calma que se producían entre los ataques de la aviación. El primer anuncio de que estaba trabajando en aquella obra lo hizo por la radio en septiembre de 1941, pocas semanas después de que los alemanes empezaran a bombardear la ciudad. Shostakóvich expuso sus intenciones ante un público de miles de oyentes.

El día de aquella emisión, Shostakóvich estuvo a punto de no llegar a su cita en la radio. Iba caminando por las calles de la ciudad cuando los alemanes emprendieron su ataque diario. Las sirenas de la ciudad sonaron con estrépito. Una voz gritó con urgencia a través de los altavoces instalados en las calles: «¡Aquí el cuartel general de defensa! ¡Ataque aéreo! ¡Ataque aéreo!». Shostakóvich corrió en busca de resguardo. Los aviones pasaron atronando sobre los pináculos y los canales de la ciudad. Las explosiones sacudieron sus avenidas de estilo clásico. El compositor se cobijó en un

refugio antiaéreo hasta que sonó el aviso de que el ataque había concluido. Como resultado, cuando llegó a la emisora de radio ya casi era tarde. Apresuradamente, lo pusieron delante de un micrófono y Shostakóvich leyó su mensaje con su tono alto y tenso de tenor. Sonó por las radios de toda la ciudad, entre edificios en llamas y ventanas con los vidrios rotos.

«Hace una hora he terminado de componer el segundo movimiento de mi última gran composición orquestal», les comunicó a sus conciudadanos.

A pesar de la guerra y del peligro que amenaza a Leningrado, he escrito los primeros movimientos con rapidez.

¿Por qué les cuento esto? Les cuento esto para que los habitantes de Leningrado que me están escuchando sepan que, en nuestra ciudad, la vida continúa...

Leningrado es mi patria. Mi ciudad natal, mi hogar. Muchos miles de vecinos de Leningrado albergan este mismo sentimiento de amor infinito por nuestra ciudad, por sus maravillosas y espaciosas calles, por sus plazas y sus edificios de incomparable belleza. Cuando camino por nuestra ciudad, se despierta en mí la profunda convicción de que Leningrado perdurará por siempre, grandiosa y bella, a orillas del Neva; de que siempre será un bastión de mi país, de que siempre estará aquí para enriquecer los frutos de la cultura.

Aquella hoja de papel en la que Shostakóvich escribió el mensaje que leyó por la radio ha llegado hasta nosotros. Quizá se la dejara sobre alguno de los escritorios del estudio cuando terminó de leer su comunicado, ya que la hoja fue reutilizada. En el reverso, el director de la emisora garabateó algunas notas sobre la programación del día siguiente: instrucciones para construir barricadas, sugerencias para defender los hogares de las tropas alemanas y, por último, la receta para preparar cócteles molotov, un explosivo casero —una botella de gasolina con un trapo como mecha— bautizado en honor del ministro de Asuntos Exteriores soviético, Viacheslav Mólotov.

En Leningrado, todo el mundo estaba en primera línea del frente.

El vínculo que mantenía Shostakóvich con su Leningrado natal entraña más complejidad de lo que podría hacernos creer aquella declaración valerosa y audaz. En el transcurso de su corta vida, Shostakóvich ya había sido nombrado héroe soviético y también enemigo del pueblo. Y, de forma muy similar, la misma Leningrado había cambiado repetidas veces de nombre en el periodo de tiempo transcurrido desde el nacimiento de Shostakóvich. Considerada tanto la joya de Rusia como un cáncer en el cuerpo político, el Gobierno comunista había homenajeado a Leningrado en calidad de cuna de la Rusia soviética y también había castigado vilmente a sus ciudadanos por supuestos crímenes contra el Estado soviético. Mientras la población de Leningrado pugnaba por defender su ciudad de los alemanes, no podía olvidar que su propio ejército había sido diezmado no mucho antes por Iósif Stalin, el terrorífico dictador que gobernaba su nación. Se dice que Shostakóvich afirmó en una ocasión que la sinfonía *Leningrado* trataba sobre «el Leningrado que Stalin destruyó y Hitler simplemente remató». Para entender a Shostakóvich y su música debemos comprender también la forma en que se vio envuelto en todas aquellas luchas por el poder, asesinatos y masacres.

Durante buena parte de la duración de la guerra, Dmitri Shostakóvich dedicó sus jornadas a escribir melodías para la banda de coros y danzas de la homicida policía secreta soviética. Por la noche, se encorvaba sobre una mesa en casa de un amigo, fumando cigarrillos baratos y jugando a las cartas con un hombre que, más tarde, lo denunciaría. Jugaban al póquer. Bebían vodka, cuando podían conseguirlo. En aquella época la escasez era extrema. Comían tortas preparadas con posos de café.

Nos lo podemos imaginar en aquella cocina humosa, barajando naipes. Bien entrada la noche. Parece ser que Shostakóvich es muy aficionado al póquer. Tiene un rostro dulce y amable, y sus gafas redondas de búho le dan cierta expresión aviar. Aunque ya está próximo a los cuarenta años, sigue teniendo cara de niño. Y ese rostro no para de hacer muecas. Mientras juega a las cartas, no deja de tocarse los labios o de ajustarse las

gafas. Se atusa el cabello, alisándoselo hacia atrás, pero un mechón insiste en liberarse.

Quizá su aspecto fuera frágil, pero Shostakóvich sobrevivió a mayores ataques y catástrofes de los que la mayoría podríamos imaginar. Y, aunque también parecía un hombre nervioso, su música cambiaría la vida de miles de personas y daría esperanza a millones.

Esta es una historia de microfilms y policías secretas, de comunistas y capitalistas, de batallas perdidas y guerras ganadas. Es la historia de una utopía soñada que se convirtió en una pesadilla distópica. Es la historia de Dmitri Shostakóvich y de su amada ciudad, Leningrado. Pero, en el fondo, es una historia que habla del poder de la música y sus significados, una historia de mensajes secretos y dobles sentidos, de cómo la propia música es un código; de cómo la música puede alentarnos a resistir una tragedia impensable; de cómo, cuando no podemos alzar la voz, nos permite hablar en susurros entre los barrotes de nuestra celda; de cómo tiene el poder de consolarnos en nuestro padecimiento, diciendo: «Sea lo que sea que te haya sucedido, no estás solo».

Tranvías junto a la muralla del Kremlin. Antes de la Revolución, Rusia oscilaba entre lo moderno y lo medieval.



LA MUERTE DEL AYER

El destino de Dmitri Shostakóvich estuvo ligado al de Leningrado desde que era un niño. Cuando nació, en 1906, la ciudad se llamaba San Petersburgo y era conocida como «la Venecia del norte» debido a la cantidad de canales y ríos que discurren junto a sus grandes avenidas y bajo sus numerosos puentes. También se la llamaba «la ventana de Occidente» por ser la más europea de todas las ciudades rusas. San Petersburgo era la ciudad de las artes, la ciudad de la poesía, la ciudad de la música, la ciudad de las ciencias.

Como si de un cuento de hadas se tratara, la ciudad se había alzado sobre las ciénagas del río Neva por orden del zar Pedro el Grande, emperador de Rusia. Y, como en la mayoría de esos cuentos de hadas que son los sueños de los poderosos, la magia que hizo realidad el sueño fueron años y más años de mano de obra esclava en las zanjas pantanosas.

San Petersburgo, que había nacido como una pequeña aldea fangosa, llegó a convertirse en la resplandeciente capital del vasto Imperio ruso, hogar de los zares. Durante doscientos años, la dinastía Romanov gobernó el país desde aquella ciudad y desde los numerosos palacios construidos en sus proximidades.

En muchos aspectos, Rusia entró en el siglo xx, una nueva era de modernidad, estancada aún en su condición de reino medieval. La mayor parte de su población estaba constituida por campesinos que vivían en aldeas ubicadas en las zonas rurales, tal como llevaban haciendo desde hacía siglos. El campesinado acababa de ser liberado de un régimen de servidumbre que, a todos los efectos, había supuesto su esclavitud, y malvivía asfixiado por las deudas. La economía estaba estancada; el país, apenas industrializado. Casi no había fábricas. Aunque, en San Petersburgo, los miembros de la nobleza y las clases altas asistían a los bailes ataviados según la moda parisina y debatían sobre poesía francesa, aquel imperio en decadencia abarcaba también vastos páramos helados de abetos y tundra, desiertos donde sólo habitaban unas pocas familias nómadas con sus rebaños de ganado y pueblos montañosos en los que jamás se había oído siquiera el nombre de su lejano gobernante.

Durante los años en los que Dmitri Shostakóvich vivió su infancia, el último zar de Rusia, Nicolás II, gobernaba desde su Palacio de Invierno de San Petersburgo con un estilo agresivo, pero no demasiado tino, sumiendo al país en una desastrosa contienda militar tras otra: primero la guerra contra los japoneses, después la Primera Guerra Mundial, contra los alemanes. Por momentos, se diría que el zar y su familia ignorasen todos los requerimientos de sus consejeros y del Gobierno electo para prestar oídos únicamente a las sugerencias de un infausto mago siberiano llamado Rasputín, que supuestamente tenía hechizada a la zarina.

Incluso para los rusos de la época todo esto sonaba a cuento de hadas sacado de alguna de las óperas que se representaban en los áureos teatros de San Petersburgo; pero el hambre, la pobreza y la desesperanza de la población eran reales. Los poderosos se sentían frustrados con su monarca; a la clase media le irritaba carecer de una voz representativa en el Gobierno que tuviera garantías de ser escuchada; el campesinado apenas tenía bastante para sobrevivir.

Los intelectuales rusos miraban a Occidente —hacia Inglaterra, Francia, Estados Unidos y Alemania— y veían enormes fábricas, eficientes redes

ferroviarias y nuevos métodos científicos aplicados a la agricultura. Veían el futuro. En comparación, Rusia tenía el aspecto de una nación atrasada: una vasta extensión puntuada por aldeas remotas donde los campesinos trabajaban con sudor las tierras de los poderosos terratenientes; un imperio fracasado y desorganizado, gobernado por un príncipe no demasiado listo y su ponzoñoso monje siberiano.

La San Petersburgo en la que Dmitri Shostakóvich vivió su juventud estaba lista para despertar de su largo sueño monárquico y —desperzándose, aún confusa, con los ojos entrecerrados— mirar de frente al nuevo mundo del siglo xx.

Muchos rusos, y los sofisticados ciudadanos de San Petersburgo en particular, deseaban una oportunidad de modernizar su país. Por otra parte, cuando los pensadores radicales miraban hacia Occidente, no veían sólo las fábricas sino también los arrabales de suma miseria que crecían a su alrededor. Leían las noticias acerca de los disturbios en las calles de las grandes ciudades industriales estadounidenses e inglesas; contemplaban los terroríficos ciclos de crecimiento y desplome que conllevaba la desregulación económica. Los intelectuales de San Petersburgo debatían sobre diversas estrategias que pudieran darle a Rusia el impulso necesario para entrar en el nuevo siglo sin acarrear consigo el padecimiento y las feroces desigualdades que podían observar tanto en su propio país como en las naciones occidentales. Deseaban crear una sociedad nueva.

También podían constatar que su zar, Nicolás II, no iba a llevar al Imperio ruso por el camino de la modernidad y la igualdad. El líder revolucionario Vladímir Lenin escribió:

En Rusia no hay Gobierno electivo, están en el poder no solamente los ricos y los nobles, sino los peores entre ellos. Gobiernan los más hábiles soplones de la Corte del zar, los que mejor saben poner zancadillas, los que mienten y calumnian ante el zar, los que adulan y halagan. Y gobiernan en secreto [...]. Estos funcionarios se alzan como una selva sombría ante el pueblo mudo, y el simple

obrero jamás logra abrirse paso a través de ella, ni consigue que se le haga justicia¹.

El descontento y la escasez económica estaban extendidos tanto entre los pocos industriales e inversionistas de la nación como entre sus millones de campesinos rurales.

Se cuenta que en 1905, un año antes de que naciera Dmitri Shostakóvich, su padre acudió a una manifestación multitudinaria que marchaba hacia el Palacio de Invierno del zar como muestra de apoyo a los trabajadores en huelga y para reclamar justicia y pan. Se congregó una gran multitud con la esperanza de conmover el corazón de Nicolás II, el llamado padre del pueblo. Sin embargo, a medida que crecía el número de aquella reunión de miles de personas, cundieron la confusión y el pánico, y la guardia de cosacos del zar disparó contra la multitud. La gente, aterrorizada, intentó escapar. Aquellos que caían en la huida fueron pisoteados. Los cosacos cargaron con los sables desenvainados. Cuando todo acabó, cientos de cadáveres ensangrentados yacían sobre la nieve.

Esta masacre —un ejemplo tanto de incompetencia como de tiranía— hizo que muchos ciudadanos se radicalizaran y apoyaran la idea de derrocar al zar. Aquel día recibió el nombre de «Domingo Sangriento» y la sangre derramada sobre la nieve regó las semillas de la revolución.

La infancia de Dmitri Dmitrievich Shostakóvich transcurrió en medio de este cuento de hadas que se resquebrajaba.

Por una parte, a su alrededor se extendían los hermosos parques y palacios color pastel de la ciudad, sus tranquilos canales y sus puentes como sacados de una fábula, custodiados por leones, grifos y caballos salvajes tallados en piedra.

1. V. I. Lenin, «A los pobres del campo: explicación a los campesinos de lo que quieren los socialdemócratas». En *Obras Completas*, tomo 7 (Moscú: Editorial Progreso, 1981), págs. 135-216. Traducción de Ángel Pozo Sandoval. *N. de la T.*